

N° 95 (leg 1 - P. 4^s)

6. 27

REVISED

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

PRINTED IN GREAT BRITAIN

BY RICHARD CLAY AND COMPANY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
50 EAST LAKE STREET, CHICAGO, ILL. 60607, U.S.A.
100 Brook Hill Drive, West Nyack, N.Y. 10994, U.S.A.
27, Bedford Square, London, W.P.1, U.K.

UVA. BHSC. LEG_1_4_n 95

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el licenciado en Medicina y Cirugía

DON BARTOLOMÉ SERRADOR Y NACHER,

ES EL ACTO SOLEMNE:

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.



MADRID:—1856.

Imprenta á cargo de M. Gonzalez, Cármen 52.

HTCA

U/Bc LEG 1-4 n295



UVA. BHSC. LEG_1>0-0'0'0 2 6 3 6 4 1

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

A MIS QUERIDOS PADRES :

Mucho os debo: pero no es el mayor don por cierto el que me habeis otorgado arrojándome al mundo: no tampoco el haber guiado los primeros pasos de mi infancia suministrándome en ella á costa de infinitos desvelos y sacrificios todo lo necesario para mi subsistencia. El mayor, el mas alto é inapreciable que me habeis concedido es el de haber nutrido mi alma con escasos conocimientos educándome para lograrlo con infatigable celo. Por ello sobre todo os estoy y estaré vivamente reconocido mientras me durare la existencia empezando hoy por ofreceros como muestra de mi cariño y gratitud hácia vosotros el primero y nada lozano fruto del estéril ingenio que con tanto esmero habeis cultivado. Recibidle como una prueba inequívoca del apasionado amor y respeto que os profesa vuestro hijo

B. S. N.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR.

Precisado á daros á conocer mi débil ingenio, antes de alcanzar el honroso título que ha de colocarme entre vosotros, titubeo, dudo y fluctuo entre el temor y la esperanza de satisfacer vuestros justos deseos, por mas que nunca haya surgido en mi imaginacion la idea de presentaros un trabajo perfecto y acabado, como el que es capaz de haer el último de vosotros. Y hé aquí indicado el principal motivo de mi vacilacion. La profundidad de vuestro saber, ante la cual debo poner de manifiesto la superficialidad del mio, embaraza mis facultades, ofusca mi entendimiento y hasta oprime mi pecho, porque del parangon que necesariamente habeis de establecer entre vuestros conocimientos y los que yo hoy revele, no pueden salir bien librados los últimos. Raquiticos y miserables cual son, lo parecerán

mas aun comparados con los vuestros. Necesito por tanto confiar, como confio, en vuestra indulgencia, para atreverme á molestar vuestra atencion con la lectura del discurso que vais á escuchar. Y necesito tanto mas de esa indulgencia, que no dudo obtener de vosotros, cuanto que, en medio de mi nulidad científica, he osado alzar mi vista á una de las dos partes principales en que se considera dividida la Medicina en general. Me refiero á la profiláctica ó sea higiene, de cuya historia é influencia de la política y religion en sus progresos, voy á tratar muy ligeramente.

RAPIDA OJEADA

sobre la historia higiénica de los pueblos é influencia de la política y religion en sus progresos.

La historia de la higiene, sobre la cual tantos y tan ilustres varones han escrito, derramando en ella las fuentes inagotables de su vasta erudición, es, por sola esta circunstancia, una de las materias mas difíciles de tratar, puesto que, para hacerlo con mediano éxito, seria preciso superar en conocimientos á individuos, que por la estension de los que poseian se han elevado á la mayor altura. Es tambien de las mas complejas, porque apenas se dará un ramo del saber humano con el que no se roce en mayor ó menor escala. Suponer en mí la pretension de allanar tamanos obstáculos, en el presente discurso, seria atribuirme una temeridad y presuncion ilimitadas, que por fortuna no me acompañan. Por eso he reclamado vuestra indulgencia, y por lo mismo fiado en ella me atrevo á molestar vuestra atencion manifestándoos lo que indudablemente podreis tener olvidado.

La higiene, ó sea la conservacion de la salud, puede considerarse, en abstracto, como una necesidad instintiva en todos los seres, sometida á reglas y elevada al carácter de ciencia por el hombre, merced á las facultades intelectuales de que se halla dotado.

Dirigid la vista á cualquiera de los seres vivientes que de continuo os rodean, examinad sus actos, descended á analizar hasta sus mas insignificantes movimientos, y en todos encontrareis esas tendencias naturales, incesantes á buscar el placer huyendo del dolor y de los padecimientos, en todos vereis reflejado ese continuo deseo del bienestar, que jamás puede adquirirse sin que para ello concurra el goce de la salud mas perfecta.

De aqui la necesidad de conservar ese estado fisiológico: de aqui la precision de escogitar medios para conseguirlo; y de aqui por fin la higiene, cuyo origen data por consiguiente desde el peca-

do de nuestros primeros padres ; pues que habiendo nacido con él las enfermedades, el instinto de conservacion, hizo buscar los medios de preservarse de ellas.

La multiplicacion de la especie humana y su reunion despues en sociedades mas ó menos numerosas, constituyó lo que conocemos bajo el nombre de tribu ; cuyo gobierno estaba encomendado generalmente en la antigüedad á los mas sabios ó á los mas ancianos. Tal fué el origen de las sociedades, debido si se quiere á un principio higiénico, pues que los hombres en ellas esperaban hallar é amparo, proteccion y socorros de que carecian en el aislamiento.

En la cuna de las sociedades, no pudieron desconocerse los principios higiénicos, por mas que la estension de ellos fuese en extremo limitada, atendido el impulso que mas tarde recibieron. Y no pudieron desconocerse ; porque siendo, como acabo de manifestaros, un deseo instintivo en todos los seres el de la conservacion, el hombre que se halla á la cabeza de todo lo creado, y que reúne á ese instinto natural, las facultades que le hacen distinguirse de aquellos en general, necesariamente debia precaver todo cuanto pudiera concurrir mas ó menos directamente al quebrantamiento de su salud, y tratar de evitarlo para que, realizándose, no le espusiera muchas veces á una muerte segura. Bien comprendéis que cuando digo, refiriéndome al primitivo tiempo de las sociedades, que el hombre por su razon debia precaver todo lo que fuese capaz de alterar algunos de sus órganos, no quiero atribuirle los conocimientos higiénicos que mas tarde se han desarrollado. Reconozco el atraso de la ciencia en esa época tan remota, debido al en que se hallaba la civilizacion, y por consiguiente lo que quise manifestaros fué, que el hombre debia prevenir y evitar las enfermedades, por todos los medios que le suministraran sus entonces limitados conocimientos. Limitados, sí, porque si en la creacion de las sociedades observaba el hombre algunas reglas higiénicas, debido era á las lecciones que, á su pesar, habia recibido de la esperiencia, mas bien que al análisis científico de que pudiera haberlas deducido. Sin embargo : preciso es reconocer, que la higiene ha marchado siempre á la cabeza de todos los descubrimientos científicos. Ni podia ser de otra manera, teniendo presente de lo que es capaz el hombre apremiado por la necesidad, y considerando que para él lo era y no escasa, la de conservarse. Así vemos, que mientras en lo antiguo permanecian abandonadas las artes, desatendido el comercio, poco menos que olvidada la agricultura y las ciencias sin elemento alguno que contribuyera á su desenvolvimiento, la higiene encontró siempre, por el fin á que se dirigia, legisladores prudentes que la impusieron á los pueblos como preceptos, sabios que la reco-

mendaron con infatigable constancia, y profetas que haciéndola emanar de la inspiración ó de la revelación, contribuyeron á su observancia amalgamándola con el principio religioso.

Ningun vestigio ni tradición, nos han legado los primitivos tiempos acerca del estado de adelantamiento en que la higiene se encontraba. Todo lo que de ella puede decirse con relacion á fecha tan lejana, está basado en conjeturas, que, como las espuestas, contienen una verdad incontestable en su fondo, pues que nada hay mas lógico, nada mas natural y verosímil por tanto, que juzgar al hombre luchando con las enfermedades, para evitar su destrucción hasta donde fuera posible. Y si esto debía verificarse durante su aislamiento, cuando todavía se hallaba entregado á sus propias y débiles fuerzas, con mayor razon debemos suponerlo despues de su ingreso en sociedad, puesto que la propagacion de conocimientos, que, á no dudarlo, tuvo lugar entonces, y la proteccion y amparo que mutuamente se dispensaran los asociados, hubo de contribuir muy poderosamente, á que se comunicasen, desarrollasen y extendiesen, los medios preservativos que cada individuo habia recogido de la experiencia.

Las primeras nociones higiénicas que de tan remotos tiempos, han llegado hasta nosotros, se encuentran en la historia de Egipto; pero no todavía como producto de las investigaciones hechas en la ciencia por el hombre, sino como emanaciones naturales, desprendidas de la reunion de conocimientos, que habia acumulado tardia y paulatinamente, en fuerza de la repeticion de sucesos, que le hicieran conocer la bondad ó malicia de ciertos alimentos, ocupaciones etc., etc. Moisés luego, caudillo y supremo sacerdote á la vez de los hebreos, es quien puede considerarse, por las sabias y acertadas disposiciones higiénicas que adoptó, como el primero que trató de reducirla á principios, que mas tarde debian ser reconocidos y elevados al carácter científico. Gefe de un pueblo poco adelantado en la civilizacion, y cuyas costumbres estaban muy distantes de conducir al objeto á que principalmente debian dirigirse, tenia necesidad de morigerarlas; y para ello, no queriendo chocar de frente con los arraigados hábitos de sus subordinados, con quienes deseaba fundar una nacion poderosa y grande, convirtiéndolos en súbditos, procuró que la higiene formara parte de la religion que les predicaba.

Asi vemos, que la impureza, fué elevada al carácter de pecado en el capítulo 23 del deuteronomio prescribiendo hasta las mas minuciosas reglas, para no caer en ella; tanto, que por parecerme su mayor número poco conformes á la gravedad de este acto, por mas que envuelvan un fin altamente higiénico, no me atrevo á manifes-

táraslas, temiendo daros ocasion á un involuntario arranque de hilaridad. En el capítulo 13 del levítico, se considera como una de las mayores impurezas la lepra, sin embargo de que no fuese árbitro de padecerla ó no, el individuo que fuera presa de ella; y con tal motivo, se manda, para evitar el contagio, que el leproso habite solo fuera del campo, mientras dure en él dicho padecimiento, que tenga descosidos los vestidos, la cabeza desnuda, tapada la boca y proclame á voz en grito que él está contaminado. Queriendo prevenir al propio tiempo, los males que pudieran surgir de la aplicacion impremeditada de aquellos preceptos, el leproso, ó que se considerase en tal estado, debía ser reconocido por el sacerdote, y solo cuando este le declarase infestado de aquella enfermedad, debería observar los preceptos que dejo referidos, sujetándolo despues á reconocimientos periódicos por el mismo sacerdote, sin cuya declaracion de sanidad le estaba prohibido ingresar de nuevo en su respectiva tribu. Prescripciones que tendian á la conservacion de la salud únicamente, en pro de las buenas costumbres, sancionó para las impurezas involuntarias del hombre y la muger en el capítulo 14, y en el 18, versículo 19, prohibe al varon el coito con muger que se halle en el periodo menstrual. Otros muchos preceptos higiénicos que seria prolijo enumerar, trató de infiltrar en el ánimo de su pueblo, para alejarle de los padecimientos; pero todos ellos iban encaminados ademas al fin político de acrecentarlo, mejorando sus costumbres, toda vez que, segun os he manifestado ya, el fin principal á que se dirigia no era otro, que el de convertir en súbditos morigerados á guerreros ardientes y desordenados en sus hábitos. Algunos comentadores de la institucion Mosáica, que solo han aprecioado en conjunto las medidas higiénicas de aquel sabio eminente, las han calificado con excesiva é inmerecida dureza, atribuyéndolas á la ignorancia y supersticion; pero otros mas acertados en su análisis, segun yo creo, no han podido dejar de reconocer en ella el mérito científico que contiene. Desnúdese con efecto, á esas prescripciones higiénicas, de todo el aparato religioso que hubo necesidad de imprimirlas para que fuesen observadas: apréciense únicamente los elevados fines á que se dirigian; midiéndolos por los resultados; y nadie habrá despues, que sea capaz de motejar con los epitetos de ignorante y supersticioso, á uno de los mas profundos políticos y eminentes legisladores que han conocido los siglos. Moisés, á la cabeza de un pueblo sin cultura, se ve mas tarde al frente tambien de ese mismo pueblo; pero ya con otras condiciones en su civilizacion y costumbres. A nada fué debido este cambio, mas que á sus acertadas disposiciones, entrando por mucho á figurar entre ellas, las de politica sanitaria y demas higiénicas,

que logró imprimir en el ánimo de sus creyentes, merced á las doctrinas religiosas de que formaban parte, y al modo con que debían practicarse. ¿Qué hubiera sido de los hebreos, sin la observancia de los preceptos higiénicos de Moisés? ¿Qué, si hubieran despreciado las reglas de policía sanitaria tan sabia como acertadamente inculcadas? Entregados á sí mismos, en un clima que reúne pocas condiciones de salubridad, en general, habrían perecido todos ó el mayor número, infestados por la lepra y otras epidemias, que indudablemente hubieran nacido y desarrolládose con rapidez y violencia, á la sombra del abandono ó inmoralidad.

Si del oriente antiguo pasamos al oriente moderno, hallaremos en el último, disposiciones análogas en la ley de Mahoma. También este falso profeta, amalgamó la higiene con la religión; también hizo depender en parte la salvación de sus sectarios, de la fiel observación de ciertas reglas higiénicas; y si tratamos de investigar el origen de preceptos tan armonizados entre sí, debidos los unos á Moisés en remotísimos tiempos, y á Mahoma los otros en no tan lejana fecha, le encontraremos sin duda alguna principalmente, en el clima reinante en las latitudes del globo á que unos y otros debían ser aplicados. Moisés y Mahoma, sin embargo, no llegaron á considerar la higiene como ciencia reduciéndola á principios. Se concretaron á dictar aquellas reglas de salubridad, imperiosamente reclamadas por la posición topográfica del país que habitaban, influencias atmosféricas á que se veían espuestos, y costumbres de sus respectivos creyentes; pues aunque ambos tendían á modificar todo lo posible las últimas era indispensable que cedieran algo al torrente de los hábitos que en ellos se habían engendrado y arraigado, y no poco á los del pueblo para quien legislaban, con cuyos usos y tradiciones no podían chocar directa y abiertamente, sin grave peligro de ver desmoronarse su obra por haberla querido dar grandes proporciones.

Si dirigimos por un momento la vista á los griegos y los romanos, hallaremos planteadas en ambos pueblos algunas reglas higiénicas, que contribuyen á ensalzar mas y mas, con el parangón, las promulgadas por Moisés entre los hebreos. Unos y otros atribuyeron, en sus primitivos tiempos, una importancia no escasa para la conservación de la salud, desarrollo y nivelación de las facultades físicas y morales, á los baños y ejercicios gimnásticos. Los hombres científicos de todas las carreras del estado, no titubearon en dedicar casi exclusivamente su atención á los juegos olímpicos con especialidad, teniéndolos por el remedio mas eficaz que pudiera adoptarse para alcanzar aquellos resultados. De aquí el que la gimnasia fuese considerada como uno de los elementos que debían concurrir á la edu-

cación de las personas mas elevadas: de aqui el que se dedicasen á ella todos sin distincion, por abrigar aquellas creencias unos, y por espíritu de imitacion los que no las daban acogida, ya que en ello no tomase alguna parte la vanidad. No por eso eran los baños desatendidos, y antes al contrario, el fanatismo por ellos si asi puede decirse, llegó al estremo, no solo de construir grandiosos edificios públicos con aquel objeto, sino que para retratar la ignorancia de un individuo, empleaban los romanos la siguiente fórmula, *Neque literas didicit nec natare*. Los griegos, se valieron ademas, en la antigüedad, para la mejora de la raza humana de algunos medios que no me atrevo á calificar de higiéncos, porque en mi concepto, y en el de otros hombres, con quienes no debo en manera alguna compararme, más bien tendian á su destruccion que á su conservacion. Tales son, entre otros, debidos á la imaginacion de Licurgo, el que encomendaba á los más ancianos de cada tribu, el reconocimiento de los que nacian para entregarlos á una muerte instantánea y prematura, si su constitucion no era robusta y el que privaba á los padres de sus hijos á la edad de siete años, para educarlos de modo que fuesen útiles al estado. Los romanos por el contrario, crearon la institucion de los ediles, magistrados populares encargados de velar por la salubridad de las habitaciones y de las ciudades, á cuya clase pertenecieron mas tarde, los que con el título de cereales, nombró César, para asegurar los abastecimientos públicos. Todas estas disposiciones, no eran, á pesar de su bondad hijas del conocimiento de la higiene como ciencia. El primero á quien debemos el importante adelanto de haber reducido á principios la higiene, suministrándola el carácter de ciencia, es al grande, al sabio y eminente Hipócrates, maestro de la Medicina, en cuyas fuentes, que parece debian haberse corrompido por el trascurso de los siglos, nos vemos en la precision de beber todos los que profesamos la ciencia médica, reconociendo la pureza y sabrosidad de sus aguas.

Desde este genio privilegiado para la medicina, que sujetó á reglas, hasta hoy inalterables, todos los ramos de la ciencia, recogiendo de aqui, de allá y de acullá los conocimientos, que en una serie no interrumpida de siglos, habian sido adquiridos por el estudio y la observacion del hombre, nada de nuevo se encuentra con relacion á la higiene hasta Celso, quien al traducir las obras del inmortal Hipócrates, hizo resaltar en ellas doctrinas que permanecieran ignoradas. Aulogelio, despues, y mas tarde Galeno, el primero ocupándose de la lactancia y educacion de los niños, y el segundo tomando por bases las eruditas obras de Hipócrates, que comentó y amplió en diversos tratados, fueron los que dieron algun impulso á la higiene,

habiéndolo seguido las huellas del último, Oribasio, Aecio, Pablo de Egina, y otros.

En la edad media, puede decirse que desaparecieron por completo los verdaderos principios higiénicos, ó que por lo menos la ciencia permaneció sin adelantar un paso. A la influencia de los astros, se atribuía entonces la vida, la salud y el bienestar de los individuos. Las sanas prácticas, las buenas medidas sanitarias é higiénicas, para nada entraban en el logro de aquellos resultados. Las panaceas preservadoras de todos los males, que también se dieron á conocer en aquella época, ejercieron grande influjo para el decaimiento y abandono en que se vió sumida la higiene.

Las sociedades modernas, han reconocido afortunadamente su importancia, y no es ya fácil que en lo sucesivo vuelva á caer en aquel estado de inercia la humanidad. Si en esta rápida reseña, pudieran tener cabida, no diré los preceptos higiénicos que en los últimos tiempos han elevado la ciencia á un grado de perfeccion desconocido, sino los nombres de los infinitos autores, que con sus vastas luces han contribuido á esa grande obra de la civilizacion moderna, compilando la historia de la ciencia, de seguro os quedarais asombrados, no tanto por su número, que como yo y mejor que yo conoceis cuanto por el arrojo mio, al intentar acometer una empresa que tantos varones ilustrados han en cierto modo acabado, y que tantos otros no se han atrevido á emprender por un exceso de modestia. No quiero citaros uno solo de esos nombres, porque ni aun digno me creo de ello; pero tampoco quiero terminar esta primera parte de mi discurso, sin haceros notar una circunstancia que parece extraordinaria, la cual me servirá para anudarle y continuar con la segunda y tercera que os ofreci en el epigrafe.

En las sociedades modernas, los usos, las costumbres, los trages, todo parece contrariar abiertamente los sanos principios higiénicos, y sin embargo, al paso que en los mejores tiempos de civilizacion antigua, se preceptuaba la sobriedad hasta el estremo de prescribir los platos que debian comerse, al paso que en esos mismos tiempos eran las costumbres mas adecuadas para la conservacion de la salud y mas propios los ejercicios que se practicaban, para que no sufriendo detrimento, ello es cierto, que los modernos tenemos mas probabilidades de alargar el término de nuestros dias, que aquellos, como viene demostrándolo la esperiencia. ¿Es pues una quimera la higiene? ¿De qué utilidad puede ser al hombre su estudio y la aplicacion de sus preceptos, si el desarreglo general produce mejores resultados que la observancia de aquellos? Estas interrogaciones, muy procedentes una vez reconocidas hoy, mayores probabilidades de longevidad que en los antiguos tiempos, sorprenden á pri-

mera vista; pero se contestan con suma facilidad y sin detrimento de la higiene diciendo: Que los principios de la ciencia, aplicados antes aisladamente por cada individuo, no debían producir iguales resultados que al presente, en que la sociedad, ó sea un conjunto de individuos que se llama nación y á cuya cabeza hay un gefe encargado de velar por la salubridad general, emplea la reunion de todas esas individualidades aisladas para conseguir el mismo fin: que la higiene no es una quimera, que la higiene subsiste hoy como en esos remotos tiempos, produciendo los resultados benéficos que siempre se han reconocido en ella; pero que habiendo pasado del individuo á la nación, ó sea masa de individuos, el gefe de esta masa, provisto de los medios que toda ella le suministra, logra con un leve esfuerzo, lo que con los mas heróicos no alcanzaria jamas cada particular. Ved pues ya indicada la influencia de la política en los progresos de la higiene. Porque sea cualquiera la forma de gobierno, y cualquiera por consiguiente su política, es indispensable que reconozca los principios higiénicos; y una vez reconocidos, no debe ponerse en duda la adopción por su parte, de disposiciones que tiendan á conservar la salud de los individuos que le estan subordinados. Para lograrlo, es tambien evidente que ha de utilizar los recursos poco menos que inagotables de que puede disponer; de donde se deduce, que siendo estos recursos el producto de la reunion de todos los que hubiera de emplear cada individuo en particular, para lograr aquel fin, el gobierno debe alcanzarlo con mayor facilidad y mejores resultados. Y si esto se verifica siempre, aun bajo las condiciones poco higiénicas en que cada uno de nosotros vive, en mayor estension pudiéramos apreciar las ventajas que aquel nos reporta, si nuestros vestidos, nuestros usos y costumbres, nuestros alimentos, y el refrenamiento de nuestras turbulentas pasiones, estuviesen en armonia con los vestidos, usos costumbres y demas de los antiguos pueblos, con lo cual podríamos establecer comparaciones, que nos pondrán de manifesto esas ventajas en toda su magnitud. Por tanto, que la política, ó sea los gobiernos porque todos profesan alguna, ha influido en el progreso de la ciencia, siquiera sea en su aplicacion, es innegable. Diversidad de políticas gubernamentales, se practican en los diferentes estados que han sido presa del cólera morbo asiático, en nuestros tiempos: y esto no obstante, todos han hecho sentir á sus subordinados el benéfico influjo de la higiene puesta en accion oportunamente. ¡Cuánto no se hubiera desarrollado y propagado esa mortifera epidemia, especialmente en las poblaciones numerosas, si las autoridades, desde la mas elevada hasta las mas infima, no hubiesen tomado las medidas de policia sanitaria é higiénicas que adoptaron! Las victimas hubieran sido conta-

das á millarés, al paso que, por la influencia de los gobiernos, fueron muy pocas relativamente, las personas que sucumbieron á tan terrible azote.

Respecto á cual de las formas de gobierno aventaja á las otras, y es mas apropiado para ejercer esa influencia, no es fácil emitir una opinion que no pueda combatirse y quizá con buen éxito, porque es un problema muy difícil de resolver. Si preguntais al que haga estribar los adelantos y la felicidad de los asociados en el sistema despótico, probablemente os dirá que el despotismo es el que conduce á aquel fin por mejores medios: Si interrogais despues á un absolutista, es verosímil que os conteste que el gobierno absoluto: si os dirigis luego á un monárquico constitucional, os manifestará que la constitucion; y por fin, cada uno con arreglo á sus opiniones políticas, os contestarán los republicanos, los demócratas, los republicanos fiderativos, los que apetezcan la teocracia, la aristocracia ó la demagogia, en el mando etc., etc., sin que á ninguno le falten razones que alegar en pro de sus opiniones. A pesar de esto, si procuramos desprendernos de toda pasion política, al tratar de la ciencia en general, parece incuestionable que un gobierno liberal, cuanto mas mejor; pero sin que la libertad degenera en licencia, es el que proporciona mas animacion, mas actividad y vida á los ciudadanos, porque estando abiertas para todas las carreras del estado, los empleos, honores, títulos y condecoraciones, todos aspiran á poseerlas, y todos creen poder llegar á alcanzarlas. Prescindiendo pues, de los casos aislados en que el hombre público, aniquilado por los desengaños se entregue á la melancolia y sucumba á su poderoso influjo: dejando á parte las escitaciones cerebrales, endémicas en los gobernantes y las existencias que se apagan apenas lucen en la prensa ó la tribuna, es indudable que el estímulo engendrado en una nacion por el libre acceso á los empleos y demas, desaeuvuelve las facultades del hombre y ejerce una influencia tónica, en sus órganos. La esperiencia, madre de todos los conocimientos humanos, se ha encargado de confirmarnos esta verdad que la higiene reconoce en teoria. A medida que las naciones disfrutan de mas ó menos libertad, asi se observa tambien en ellas mayor ó menor número de defunciones. En la esclavitud, se cuentan mas que nacimientos; y los estados que han logrado sacudir el yugo que les oprimia, han duplicado desde entonces su poblacion. Por consiguiente, parece, como no ha mucho os dije, una verdad reconocida ya, que por el número de grados de libertad que un pueblo disfrute, siendo acreedor á ella, pueden conjeturarse los grados de influencia que ejercerá su política en el progreso de la higiene.

La religion tiene y ejerce dos medios de accion para conseguir

su fin. El uno habla con la vida material, con la eterna el otro. Todas las religiones se han valido de ambos para conservar la especie humana y fortalecerla. Han diferido sin embargo en los medios, y ninguna, en mi pobre opinion, ha acertado con el verdadero, refiriéndose al matrimonio en Oriente, y al celibato que la religion cristiana impone á los sacerdotes. Los orientales, admitiendo la poligamia, han trasgredido en esta parte las reglas higiénicas; porque la multiplicacion de gozes sensuales, enerva al hombre y le destruye prematuramente. El celibato entre nosotros, tampoco lo recomienda la higiene; porque dejando aparte los escándalos ó abusos á que da lugar, solo pueden soportarlo un cortisimo número de individuos, protegidos por la austeridad religiosa y frio temperamento. Y todavia estos, sufren mas o menos tarde las funestas consecuencias del celibato, por la pérdida involuntaria de licor prolifico, cuyo progreso insensible, es muy difícil de contener y difficilísimo de alcanzar despues su curacion radical. Estando ademas probado por la esperiencia, que el matrimonio es favorable á la longevidad, el celibato no puede sostenerse en buenos principios higiénicos. Pero os estoy molestando con una relacion que si tiene mucha con el punto de que yo debo ocuparme, no es necesario para resolverle. Los preceptos de la religion, cierto es que conducen á investigar el impulso que ha dado á la ciencia higiénica, cierto es que por ellos tambien pueden medirse los quitaes de aquella; pero toda vez que la cristiana es la única verdadera: toda vez que la observancia de las religiones por los que las profesan es innegable, cualesquiera que ellas sean: que todas mas ó menos han reconocido la escelencia de la higiene; y que en tanto la han impulsado á la perfeccion, en cuanto se aproximan á la verdad ó la encerrasen, es evidente el progreso que comunicaron á la ciencia, en aquella proporcion, ya fuese haciendo observar las reglas que se dirigieran á influir en la materia, ya las que hablaban con el alma; pues que todas lograron arraigar en sus respectivos creyentes; y ninguna como la nuestra por su origen, los preceptos higiénicos. Sin la religion, procuraria si, conservarse el hombre, porque es una ley de la naturaleza que le subyuga y á que tiene que obedecer; pero no observaria, como observa, las reglas higiénicas que aquella le prescribe, por mas importantes y provechosas que le fuesen, interin no llegara á tocar esa importancia y provecho, por los fatales resultados que le hubiese ocasionado el despreciarlas. Por consecuencia de lo dicho, y mas la católica, libérrima en sus preceptos, y á la que en parte es aplicable lo dicho de los gobiernos, ha ejercido siempre y continuara ejerciendo, por las verdades inconcusas que encierra, un grande influjo en los progresos de la higiene.—He dicho.



UVA. BHSC. LEG_1_4_n 95